

"VUELVE AL HOGAR, HIJA MIA"

Elder John H. Groberg
del Primer Quórum de los Setenta



"No os desaniméis, no intentéis aconsejar al Señor. El es quien dispone y no nosotros; El conoce las necesidades de los corazones y las almas; El sabe las intenciones y conoce los espíritus."

Mis queridos hermanos, pido vuestra fe y oraciones para que el Espíritu del Señor pueda llegar a nuestros corazones, mientras consideramos algo de vital importancia para nuestra felicidad aquí y en la eternidad.

Una de las mayores necesidades que tiene la humanidad en general y nosotros individualmente, es tener mas fe en nuestro Creador. Saber que El es literalmente nuestro Padre y que es bueno y justo, que nos comprende y conoce nuestras necesidades, es uno de los tesoros mas grandes que podemos poseer; este tesoro se obtiene con fe, una fe muy fuerte e inquebrantable.

Podría parecer fácil tener fe en Dios cuando las cosas salen bien; pero la ley del continuo progreso requiere constante esfuerzo y persistencia. Para que nuestra fe se fortalezca, es necesario que sea probada, y una de las maneras en que somos probados es cuando ocurre algo sobre lo que aparentemente tenemos poco control o ninguno en absoluto, lo cual nos parece injusto.

Por ejemplo, siempre me ha conmovido ver personas que de alguna forma están privadas de sus facultades; yo, al igual que muchos de vosotros, me he preguntado, "¿por qué?" En muchas ocasiones cuando ha sucedido un accidente, una enfermedad grave, una muerte inesperada, cuando nace un bebe con el cerebro dañado o con alguna incapacidad física, o existen circunstancias muy difíciles de explicar, muchas personas han acudido a mi o a otros buscando restablecer su confianza.

Yo, como muchos de vosotros, he encontrado consuelo en las Escrituras; en ellas se nos dice que ni siquiera un gorrión cae a tierra sin el conocimiento de nuestro Padre. Creemos en las Escrituras, pero cuando le toca a nuestro amigo, a un ser querido nuestro alguna desgracia, el gran ¿POR QUE? no deja de resonar en el alma. No tengo todas las respuestas, pero puede que la siguiente experiencia, que ocurrió hace años, sirva de ayuda a algunos de vosotros que todavía lucháis con esa intrigante duda.

En una pequeña isla del Pacífico, en una familia muy fiel nació una niña a quien llamaron Felila. Cuando este nuevo espíritu llegó a la vida mortal, llevó felicidad y gozo al hogar; pero pronto surgieron problemas. Tenia la cabeza demasiado grande, y los médicos diagnosticaron una hidroencefalitis. De inmediato los asaltaron las terribles posibilidades de que tuviera el cerebro dañado y que le aparecieran otras deformidades. Después de mucho ayuno y oración, la presidencia del quórum de élderes habló con el presidente de la rama, quien a su vez habló con el presidente del

distrito, quien vino a mi que era el presidente de la misión, para ver si podía conseguir alguna ayuda para los afligidos padres.

Consultaron a los médicos y se llegó a la conclusión de que allí era muy poco lo que se podía hacer. Iban y venían cartas con información sobre el caso; se hicieron radiografías que se estudiaron cuidadosamente. Había mucho que hacer, muchas preguntas que contestar y problemas por resolver. Pero, por fin, después de muchas demoras exasperantes, los problemas comenzaron a solucionarse. Una familia en Salt Lake City convino en hacerse cargo de la niña, aun cuando se requirieran años de cuidado y atención; los médicos dijeron que había posibilidad de que se recuperara; el hospital aceptó el caso como servicio voluntario, se juntaron fondos para el pasaje, y algunos viajeros locales arreglaron sus horarios con el fin de llevar a la niña al hospital. Pero quedaban otros problemas: visados, certificados de salud, reservaciones, pasaportes etc.

Durante esos días, la familia, el quórum de élderes y hasta la rama entera, seguía ayunando y orando. El momento de la partida se acercaba.

Una mañana, entre quehaceres ofuscantes, sentí un impulso muy fuerte de actuar inmediatamente y esforzarme en hacer todo lo que se requiriera para que la niña pudiera viajar. Después de varias llamadas telefónicas de larga distancia, el consulado por fin consintió en extender el visado, la compañía de aviación hizo la reservación, los empleados de la oficina de pasaportes se esforzaron por tramitarlo en seguida, y pronto todo estuvo en orden.

Normalmente hubiera mandado llamar a los padres para que firmaran los papeles, pero otra vez sentí el fuerte impulso de que debía ir yo personalmente a ver al presidente de la rama. Lo encontré en las primeras horas de la tarde, cerca de la escuela donde enseñaba. Estaba solo, parado allí como si estuviera esperándome.

Corrí ansioso hacia el y le dije: "¿Sabe usted una cosa? ¡Todo está arreglado! Milagrosamente todo ha salido bien y Felila puede salir mañana. Por favor, avise a la familia inmediatamente".

Su mirada penetrante reprimió mi entusiasmo. "¡Es verdad!", le dije. 'Se que ha pasado mucho tiempo y ha habido muchos problemas, pero ahora esta todo arreglado y puede ir. Pero, ¿que pasa?'

Su mirada firme parecía penetrar en mi alma. Entonces, suavemente me dijo en su lengua nativa que cuando todos los preparativos se habían hecho, cuando los corazones de todos se habían unido en el deseo de servir, cuando la meta de unión y desinterés se había cumplido en ellos, cuando todos se habían comprometido silenciosamente mas allá de sus propios intereses, en medio de toda esa actividad, esa misma mañana la pequeña Felila se había ido de este mundo serenamente, a recibir ese mejor cuidado por el cual muchos habían orado y trabajado tanto.

"¿Se ha ido? ¿Esta mañana? ¿Y todo el trabajo, el tiempo, el ayuno, la oración? ¿Y ese impulso tan fuerte que tuve? ¿Se ha ido? ¡No, no puede ser!

Sin dejar de mirarme, el, teniendo mas fe que yo, me dijo unas palabras de verdad y de consuelo; después, serenamente dio media vuelta y volvió a su clase.

Quede solo . . . o así me pareció. Me dirigí muy pesada y lentamente sendero abajo. ¿Por qué? ¿Por qué? Después de todo ese trabajo y la fe de tantos, y esos impulsos y sentimientos tan fuertes. ¿Por qué?

Luego sentí el resplandor del sol y su calor; la brisa sacudía perezosamente las hojas de las palmas y suavemente se movían silenciosas unas nubes en el cielo azul. Entonces me sobrevino un sentimiento y me di cuenta de que la tierra es hermosa, que la vida continua y es eterna. Si bien no puedo describir plenamente lo que sucedió después, puedo si relatar parte de la experiencia. La mejor explicación se halla en la frase, "fui dominado por el Espíritu". Fue como si alguien me tomara de la mano y me guiara hacia un lugar muy alto, y parándose cerca de mi me dijera "Mira". Y miré, y percibí una belleza que sobrepasa la comprensión del hombre; y oí una voz tierna y compasiva, pero tan indudablemente poderosa que toda la naturaleza permaneció en calma y obedeció.

"Vuelve al hogar pequeña Felila. hija mía; ven a recibir el cuidado que tus seres queridos pedían por ti. He oído sus oraciones y he sabido de sus ayunos y su amor hacia ti, y he aquí mi respuesta. Vuelve al hogar hija mía. Has terminado tu misión en la vida, los corazones de los que te rodean se han ablandado, las almas se han fortalecido, la fe se ha fomentado. Vuelve al hogar ahora, Felila."

El la conocía, sabia su nombre, sabia todo acerca de ella y de todos los demás. ¡Cuán perfecto es el amor de nuestro Padre! El había escuchado nuestras oraciones; había hecho lo mejor. El lo sabía todo, y aunque yo creía en esto, nunca lo había asimilado. De alguna manera que esta mas allá del alcance de la comprensión humana, El sabe y comprende todas las cosas.

El gran ¿POR QUE? y mis dudas sobre la justicia y los motivos del Padre, desaparecieron de inmediato; parecían totalmente insignificantes y fuera de lugar; eran algo como tratar de excavar la tierra con una cuchara.

¡Oh! ¡Cómo debemos recordar las palabras de Jacob cuando dijo!:

"¡Cuán grandes y maravillosas son las obras del Señor! ¡Cuán inescrutables son las profundidades de sus misterios; y es imposible que el hombre pueda hallar todas sus vías! Y nadie hay que conozca sus sendas si no le fueren reveladas; por tanto, no despreciéis, hermanos, las revelaciones de Dios.

Por tanto, hermanos, no queráis aconsejar al Señor, antes aceptad el consejo que viene de su mano. Porque he aquí, vosotros mismos sabéis que el amonesta con sabiduría, y justicia, y gran clemencia en todas sus obras." (Jac. 4:8, 10.)

Testifico que hay una total y completa justicia en la eternidad. Los procedimientos de Dios con el hombre son totalmente imparciales; no hay en ellos favoritismos ni caprichos, y son siempre constantes y perfectos.

Alguien dirá, "Si, pero ya han pasado años. Hemos orado y ayunado con fervor. ¿Qué mas espera el Señor de nosotros?"

Puede haber muchas respuestas, pero sólo daré una, y es esta: El Señor espera mas, y todo será para vuestro beneficio eterno. Yo se que esto es así. A medida que comenzamos a comprender que es la eternidad, obtenemos un nuevo código de valores.

Vosotros, los que tenéis la oportunidad, la responsabilidad y el privilegio de cuidar a otros, ojalá que al igual que yo sepáis a través de largas horas, de largos días que se convierten en años, que el Señor comprende.

No os desaniméis, no intentéis aconsejar al Señor. El es quien dispone y no nosotros; El conoce las necesidades de los corazones y las almas; El sabe las intenciones y conoce los espíritus.

Cuidar de otros es importante, cuidar con amor intenso, sin desfallecer. Para Dios, en su infinita sabiduría, la caridad desarrolla la fe.

Ojalá tengamos todos una pequeña Felila en nuestras vidas; hay tantos débiles, física y mentalmente, tantos enfermos, ancianos y niños que pueden conmovier nuestro corazón y despertar en nosotros la ternura; reafirmar nuestra caridad, y sobre todo, fortalecer nuestra fe en El, quien todo lo sabe; El, que con suprema caridad, nos lo dio todo; que al dárnoslo todo, vive eternamente; viviendo eternamente, reina eternamente; y al reinar eternamente, puede brindarnos omnipotente caridad, y cuyas acciones son eternas. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.